

# LA POLITICA INTERNACIONAL DE LA U. R. S. S.

(Viene de la página 1)

Por el momento no nos ocuparemos en COMBATE de este segundo aspecto del problema, y a pesar de que no se nos oculta que cualquier intento de explicar racionalmente el significado real de la conducta internacional de la URSS será inevitablemente motivo para que los sectores reaccionarios, francos y emboscados, saquen a relucir como argumento decisivo en contra nuestra el consabido oro de Moscú, hemos juzgado indispensable contribuir al esclarecimiento del panorama mundial exponiendo en una serie de artículos la única interpretación lógica, coherente y exacta, de la posición que guarda la Unión Soviética frente a los acontecimientos internacionales. Para ello es indispensable arrancar desde el instante en que esa posición principió a tomar forma al establecerse el régimen soviético en la antigua Rusia de los zares, pues la actitud presente de Moscú sólo es inteligible a la luz de toda una cadena de hechos eslabonados en el pasado.

La política internacional de la URSS puede dividirse, para los efectos de este examen, en cuatro grandes etapas: 1.—Del triunfo de la Revolución Soviética en noviembre de 1917 a la firma del primer convenio comercial entre Moscú y Londres en marzo de 1921; 2.—De la firma de ese convenio al ingreso de la URSS a la Sociedad de Naciones en el otoño de 1934; 3.—De 1934 a la firma del convenio de Munich en septiembre de 1938; 4.—De Munich a la fecha.

X X X

Al triunfar los bolcheviques el 7 de noviembre de 1917, su primer intento fué el de lograr la suspensión general de hostilidades. Desde el momento en que se inició la primera guerra mundial de 1914, el Partido Comunista ruso, a diferencia de la mayor parte de las agrupaciones socialistas que se ligaron en cada país a la política guerrera de sus respectivos gobiernos, se manifestó invariablemente opuesto a la contienda, considerándola inicua e injusta, ocasionada por rivalidades económicas entre grupos de magnates, y teniendo como finalidad la expansión predatoria de uno u otro de los bandos contendientes. Según expresaba Lenin, esa no era una guerra destinada a poner fin a las guerras ni a asegurar la democracia en el mundo.

El 8 de noviembre, apenas un día después del triunfo de los bolcheviques, el nuevo gobierno hizo un llamamiento en favor de la paz, concebido en los siguientes términos: "El gobierno de obreros y campesinos propone a todos los países beligerantes y a sus gobiernos, que se comiencen desde luego las negociaciones para concertar una paz justa y democrática, una paz inmediata, sin la anexión de regiones extranjeras ni el aherramiento de las minorías nacionales, y sin el pago de indemnizaciones por una u otra parte".

Esta proposición de paz no mereció la contestación de ninguno de los países contendientes. Por el contrario, los aliados asumieron desde el primer momento una actitud hostil hacia el gobierno soviético. El Embajador de los Estados Unidos en Rusia, David R. Francis, según consta en sus propias memorias, manifestó el 13 de noviembre a su gobierno: "Por supuesto que nosotros no podemos reconocer a ninguna administración en Rusia en la que figure Nicolás Lenin". Y es de hacerse notar que esa actitud fué asumida por los aliados antes de que el gobierno bolchevique hubiera desconocido las deudas contraídas por los zares y antes de que hubiese manifestado la intención de negociar una paz por separado con Alemania.

El 21 de noviembre, nuevamente el gobierno soviético dirigió una nota a los embajadores aliados sometiéndola a su consideración una proposición formal "para decretar el armisticio en todos los frentes e iniciar inmediatamente las negociaciones de paz". La contestación de parte de los aliados no se hizo esperar. El 23 de noviembre, lord Robert Cecil, hablando en nombre del gobierno británico, expresó: "Las medidas iniciadas por los extremistas de Petrogrado significan un quebrantamiento del convenio de 5 de septiembre de 1914. Nosotros no tenemos ninguna intención de reconocer a semejante gobierno".

Dado el estado de verdadera bancarrota a que Rusia había llegado como consecuencia de la guerra, los bolcheviques deseaban la paz para su propio pueblo, pero al mismo tiempo intentaron lograr la terminación de la guerra en todos los frentes y el restablecimiento de la paz en el mundo. Al manifestarse los aliados opuestos a la concertación de un armisticio general, no quedaba al gobierno soviético otra alternativa que la de tratar por separado con Alemania.

El 28 de noviembre el comando militar alemán aceptó la invitación de los bolcheviques para negociar el armisticio y el gobierno ruso, en un último esfuerzo para lograr el restablecimiento de la paz general, dirigió la siguiente nota a las naciones aliadas: "Las operaciones militares han cesado en el frente oriental y pedimos a los representantes de las potencias aliadas en Rusia nos manifiesten si desearían participar en las negociaciones de paz que deberán iniciarse el día 2 de diciembre". La respuesta en esta ocasión fué el más desdenoso de los silencios, lo que obligó a Rusia a iniciar las discusiones de paz por separado.

Al mismo tiempo que se desarrollaban esas discusiones entre rusos y alemanes en Brest-Litovsk, el Presidente Wilson anunció ante el Congreso norteamericano, el 8 de enero de 1918, sus famosos 14 puntos, de los cuales el 6.º era el tenor siguiente: "Se procederá a la evacuación del territorio ruso y al arreglo de todas las cuestiones que afectan a Rusia, de manera que ese país obtenga la eficaz y sincera cooperación de las demás naciones del mundo y pueda disfrutar de las oportunidades necesarias para determinar independientemente su desarrollo político de acuerdo con las instituciones que ella misma elija. El trato que reciba Rusia de las naciones hermanas durante los próximos meses será la piedra de toque que determinará la buena voluntad de estas naciones en contraste con los intereses egoístas que pudieran animarlas". Pocos meses habrían de transcurrir, después de enunciadas estas palabras para que los hechos mismos se encargaran de demostrar la insinceridad de quien las pronunció.

Con el fin de obtener la paz, tan ansiada por el pueblo ruso, el gobierno soviético se vió obligado a aceptar las onerosas condiciones impuestas por el gobierno alemán, y el tratado de Brest-Litovsk fué firmado el 3 de marzo de 1918, pero ese tratado no significó el principio de una era de tranquilidad para la URSS. Todas las grandes potencias concentraron sus esfuerzos en el intento de lograr la destrucción del gobierno soviético por todos los medios posibles.

Aún desde antes de la celebración del armisticio entre los aliados y las potencias centrales, sin ninguna justificación posible, se inició una franca ofensiva contra el régimen proletario. En enero de 1918 las tropas rumanas, sin advertencia ni explicaciones previas, principiaron a ocupar Besarabia, y a pesar de la resistencia opuesta por los campesinos de la región, pronto aquella provincia rusa quedó en poder de los invasores, en cuyas manos permaneció hasta el año pasado. En abril de 1918 las tropas japonesas iniciaron la invasión de Siberia y para fines de agosto 40,000 soldados nipones habían llegado hasta Irkutsk. En julio de ese mismo año Murmansk fué ocupado por las fuerzas franco-inglesas y al mes siguiente nuevos contingentes aliados desembarcaron en Archangel, donde mediante su apoyo a los grupos zaristas de la localidad, las autoridades soviéticas fueron de-

bert Hoover en agosto de 1921: "Toda la política de los Estados Unidos —así como de Francia e Inglaterra, contando con la cooperación del gobierno socialdemocrático alemán— a partir del armisticio, tendió a liquidar el bolchevismo en Rusia y a impedir su desarrollo en Europa".

El año de 1919 fué el año decisivo para la Revolución Soviética. Los trabajadores rusos, aislados y acosados por todas partes, tuvieron que combatir en veinte frentes. Lucharon contra Inglaterra, Estados Unidos, Japón, Serbia, Italia, Checoslovaquia, los Estados Bálticos, y contra los ejércitos blancos de Kolchak, Denikin, Yudenich, Wrangel, Semenov y Kalmikov. Lucharon, vencieron y pusieron de manifiesto cuáles eran las intenciones de los gobernantes de los países capitalistas contra la URSS, que desde entonces han continuado siendo las mismas.

Cop relación a los proyectos de Woodrow Wilson para la creación de la Sociedad de Naciones y para el establecimiento de la "democracia" y de la "justicia" en el mundo, Lenin envió al Presidente de los Estados Unidos, un documento, único seguramente en los anales de la diplomacia, en el que hacía las siguientes observaciones: "El gobierno de los Estados Unidos, a pesar de vuestras palabras de amistad, ha apoyado abiertamente a los enemigos del gobierno soviético. El resul-



EL ALMIRANTE KOLCHACK CON SU ESTADO MAYOR INGLÉS

trocaídas. Por su parte, el Presidente Wilson había proclamado la actitud amistosa hacia Rusia en los momentos en que había una posibilidad de inducir a los soviets a continuar la lucha contra Alemania de acuerdo con los aliados, pero una vez que esa esperanza se desvaneció, el propio Wilson dispuso que las tropas norteamericanas cooperaran con las anglo-francesas en la ocupación del territorio ruso.

En noviembre de 1918 el Almirante Kolchak se declaró en Omsk "Gobernante Supremo de Rusia" y recibió, desde el primer momento, ofrecimientos de ayuda norteamericana por conducto del Embajador de los Estados Unidos. Kolchak fué reconocido por Inglaterra como jefe de los ejércitos blancos, y Winston Churchill el actual "defensor" de la democracia, informaba el 29 de mayo ante la Cámara de los Comunes que: "Esos ejércitos—que pretendían la restauración del despotismo zarista— están equipados con rifles y municiones inglesas y una proporción considerable de las tropas visten uniformes británicos".

Habiéndose firmado el armisticio con Alemania en noviembre de 1918, los aliados quedaron con manos libres para hacer frente al peligro comunista, para intentar derrocar al gobierno ruso de obreros y campesinos. Tal como expresa Her-

tado ha sido el hambre en Rusia. Esta ha sido la primera consecuencia, para los obreros y campesinos de Rusia, de la actitud de nuestro gobierno y de vuestros aliados, a pesar de vuestras promesas hechas a principios de 1918. Y después han comprobado otra demostración de vuestra amistad: la invasión del norte de Rusia por las tropas de los aliados, con la participación de soldados americanos, sin causa ninguna y sin declaración de guerra. Habiais prometido, señor Presidente, ayudar a Rusia a disfrutar de plenas oportunidades para trazarse sus propias decisiones con respecto a sus destinos políticos y a su política nacional. Pero en realidad, esa ayuda se ha expresado en el hecho de que vuestras tropas y las de vuestros aliados han intentado imponer al pueblo ruso el yugo de los opresores. La piedra de toque de las relaciones entre los Estados Unidos y Rusia no ha producido exactamente los resultados que habrían sido de esperarse después de vuestro mensaje al Congreso de los Estados Unidos. Sin embargo señor Presidente la piedra de toque de nuestra experiencia nos ha permitido crear un ejército rojo, coherente y disciplinado, cuya fuerza aumenta de día en día y que sabrá defender a la revolución".

La contestación de los aliados a las palabras de Lenin se manifestó a través del estrechamiento del

"cordón sanitario" impuesto a Rusia y de los preparativos para una invasión en gran escala. El 21 de diciembre de 1918, Clemenceau manifestó al general Franchet d'Esperey: "El plan de acción de los aliados consiste en llevar a cabo el estrangulamiento económico de los bolcheviques y el restablecimiento del orden a través de la acción de los elementos rusos amigos". Posteriormente el mismo Clemenceau dió instrucciones al general Berthelot de preparar los planes para un ataque general de las fuerzas aliadas en contra de Rusia, y en la opinión de que era indispensable llevar a cabo ese ataque concurren los generales Foch, Pétain, Weygand... y el señor Winston Churchill. Con respecto a la actitud de este último, Ray S. Baker, en su obra Woodrow Wilson and World Settlement" expresa: "Lo primero que hizo Winston Churchill —el 18 de febrero de 1919— fué pedir acción inmediata en contra de Rusia y prácticamente prestó su apoyo a los planes napoleónicos de Foch" (t. I, p. 297).

Pero fuerzas ajenas a la voluntad de los gobernantes de las grandes potencias frustraron sus deseos. En marzo de 1919 se establecieron gobiernos soviéticos en Hungría y en Baviera, y el crecimiento de la ola revolucionaria en el resto de Europa, así como el descontento y los motines ocurridos entre las fuerzas aliadas, obligaron a Wilson, Orlando, Clemenceau y Lloyd George, no sólo a desistir de sus planes de ataque general, sino a retirar apresuradamente a las fuerzas aliadas que se encontraban en Rusia. Uno a uno fueron derrotados los generales zaristas, a pesar de la ayuda de armas y dinero que les continuaron prestando Inglaterra y Francia, y al finalizar el año de 1919 el almirante Kolchak fué capturado y ejecutado.

Pero todavía entonces, los aliados insistieron en un último esfuerzo, e inducido por Francia el gobierno de Polonia, el 16 de abril de 1920, declaró inesperadamente la guerra a la Unión Soviética. El ejército polaco, organizado por oficiales franceses bajo la supervisión directa del general Weygand, invadió Rusia, llegando en su ofensiva hasta Kiev. Sin embargo, la contraofensiva rusa revisió tal empuje que en agosto llegó a las puertas de Varsovia, donde fué contenida.

La economía rusa, como consecuencia de la guerra internacional y de la lucha civil fomentada por los aliados, había quedado deshecha. El bloqueo económico continuaba siendo aplicado y el hambre diezmaba a la población. Pero el deseo de Inglaterra, presa ya de la primera depresión de la postguerra, de mejorar su situación económica por medio de la reanudación de relaciones comerciales con Rusia, dió lugar a las pláticas que culminaron en la concertación del tratado comercial de 16 de marzo de 1921, al que, en ese mismo año, siguieron negociaciones y convenios comerciales de Rusia con otros países europeos.

La significación política del tratado entre Inglaterra y la U.R.S.S., fué tal como lo expresa Louis Fisher en "The Soviets in World Affairs". La de una tregua. Los gobernantes ingleses dieron a entender a los rusos sin decirlo: "Somos enemigos naturales. Nos odiamos. Pero aunque intenté destruirte no pude lograrlo. La lucha no puede continuar por el momento. Aceptamos un armisticio".

Si esa incapacidad de la iniciativa privada es manifiesta y conocida por todos, habrá que buscar en otra parte las verdaderas causas de la política de privilegios y garantías, que el régimen actual quiere establecer y está estableciendo en provecho de la producción privada. Si cuando esos privilegios llegaron al máximo en la época del porfiriismo y se vivió la edad de oro de la iniciativa privada, ésta demostró su ineficacia plena para industrializar al país; habrá que convenir que no va a ser ahora, cuando muestre mayores aptitudes. No se trata, pues, de una equivocada valorización de las capacidades de la producción privada, porque se crea todavía que ésta puede lograr lo que hasta ahora nunca ha conseguido; lo que hoy en el fondo es una vinculación política —y económica también— entre nuestros funcionarios y los intereses creados de nuestra industria privada. Esta vinculación ha hecho más aguda en los últimos meses la política de facilidades y ofertas de garantías y privilegios, queriendo que la nación la respalde, con la justificación de que de esa suerte será posible levantar y mejorar la producción industrial.

Ya lo tenemos dicho y demostrado: no es verdad que de esa manera, sin plan ninguno del Estado formulado en beneficio de la colectividad, sea posible lograr una industrialización armónica, borrar la dependencia con el extranjero y quedar, por lo menos parcialmente, al margen de las dificultades que la guerra nos ha traído y de las mayores aún, que nos traerá. Lo esencial es cambiar de sistema, modificar las bases equivocadas de carácter individualista, que son los cimientos de nuestra organización. Lo que no se haga por este camino, sólo servirá para ahondar la gravedad de los problemas.

## ¿Y LA SOLUCION INMEDIATA?

Nuestros lectores no han recibido, sin embargo, una solución al problema inmediato expuesto al principio de este artículo. Han admitido con nosotros que ha habido lentitud de nuestros funcionarios al no haber considerado con oportunidad las dificultades que la guerra iba a acarrearlos en el terreno de nuestra producción industrial, tal como ésta es, es decir, dependiente en grado sumo de las materias primas semimanufacturadas de otros países. Pero ahora como las cosas están planteadas, ¿qué cabe hacer?

Hace una semana expusimos la hurla sangrienta que los funcionarios mexicanos han sufrido en Washington, al negociar nuestros problemas de exportación con los Estados Unidos. Fuimos por lana a Cuba y salimos trasquilados porque en vez de sacar ventajas, contrajimos compromisos de una gravedad que sólo el tiempo pondrá de manifiesto; seguimos negociando en Washington y hasta ahora sólo hemos logrado comprometernos más todavía. Hasta ahora ninguna cosa favorable podemos abonarnos, en todas esas largas y funestas negociaciones. Nuestros funcionarios han olvidado las necesidades inmediatas de la economía de su patria, para ocuparse de resolver con merma de nuestra soberanía y dignidad —recuérdese el tratado de las bases aéreas— los problemas ajenos.

(Pasa a la pág. 7)

# INDUSTRIAS SIN MATERIAS...

(Viene de la página 3)

que México no cuenta con industrias básicas; que somos, en general, simples "terminadores" o "ensambladores" de artículos semimanufacturados que importamos del extranjero; que no producimos aceros para las herramientas más elementales; que no producimos las substancias químicas que son la base del trabajo de muchas industrias; que tenemos que importar todas las piezas de repuesto de nuestra maquinaria también extranjera; en fin, que el noventa por ciento de la actividad manufacturera y de transformación del país, depende de una manera directa o indirecta de la producción europea o norteamericana.

No podemos admitir la excusa fácil de que los fenómenos que ahora nos afectan son consecuencias de la fatalidad y de que poco o nada se puede hacer para impedir que las cosas sean como son y que una vez iniciada la guerra, no se pudo haber tomado ninguna determinación práctica. No es válida tampoco la explicación que se intenta, de la dependencia de la industria mexicana respecto de la extranjera, demostrando que ningún país, inclusive los más industrializados, está libre de tener que depender de las materias primas que se obtienen en otros lugares del globo.

De antemano admitimos que México no podrá nunca construir una industria autónoma para que todo lo que necesite, en cualquier orden, se obtenga dentro de la República; ni podemos desde luego culpar ni a Juan ni a Pedro, de que en México no haya o no se haya descubierto hasta ahora, bauxita para obtener aluminio, por ejemplo. Pero si tenemos derecho a afirmar, que la industria privada del país ha estado siempre muy lejos de poder, no va a organizarse de una manera autónoma abso-

luta, sino de algo más modesto, menos pretencioso, que es aprovechar los recursos de nuestro suelo, implantando las industrias respectivas. No nos falta ni carbón ni hierro y sin embargo no pasamos de hacer aceros corrientes para edificios y rieles para los ferrocarriles; somos incapaces de fabricar aceros especiales y hasta hojalata. No podemos laminar el acero para fabricarla y aunque tenemos estaño, todavía no hemos aprendido a estañar las láminas de acero para preservarnos de la oxidación. Del carbón sólo aprovechamos cuatro o cinco de sus derivados; desconocemos los procedimientos de destilación de la hulla y nos encontramos, por eso, tan atrasados, como cualquier país europeo hace casi un siglo. Sin saber aprovechar el carbón y el hierro —para no hablar de otros productos fundamentales— como actualmente se aprovechan en la industria moderna, es decir, hasta sus últimas aplicaciones, estamos naturalmente dependiendo de otros para satisfacer nuestras necesidades más inmediatas.

## INCAPACIDAD DE LA INICIATIVA PRIVADA

No otra cosa quiere decir que somos un país semicolonial; pero ese hecho no revela sino la incapacidad de la actividad privada mexicana para organizar la producción industrial y nadie puede esperar —ya lo hemos dicho varias veces en columnas— que la iniciativa privada extranjera, las inversiones que nuestros funcionarios y "técnicos economistas" ansían, nos saquen de apuros. Si es que vienen, será para acentuar aún más esa dependencia, porque no van a ser tan torpes, de que con su propio dinero construyan nuestra independencia económica.